

El Cuerpo y la Sangre de Cristo B/2012

Todas las lecturas de esta solemnidad de “El Cuerpo y la Sangre de Cristo” hablan de la importancia de la alianza que Dios estableció con su pueblo. Nos invitan a darnos cuenta que fue la misma alianza que Dios estableció de nuevo en Jesucristo aceptando, el ofrecimiento de su muerte en la cruz. Por lo tanto, Jesús no es sólo el mediador de la alianza nueva, sino también el es nuestro sumo sacerdote que ofreció su propio cuerpo y sangre en la cruz para la salvación del mundo.

La primera lectura del libro de Éxodo nos recuerda el establecimiento de la alianza entre Dios e Israel, y lo que Moisés hizo a fin de traer al pueblo para darle su consentimiento. De hecho, después de que el pueblo aceptó todo lo que Dios les dijo, Moisés erigió un altar a Dios y le ofreció un sacrificio. Tomó la mitad de la sangre de los animales y la derramó en el altar. Con otra mitad de la sangre roció al pueblo, como un signo de la alianza con Dios.

Lo que es este texto nos enseña es que Dios todopoderoso es un compañero de los seres humanos. Por lo tanto, es capaz de llegar a un acuerdo con sus criaturas estableciendo la alianza con ellas. Otra idea que tenemos es que, aunque la iniciativa de la alianza venga de Dios, los seres humanos tienen que respetar su compromiso con Dios así como lo que marca la ley. El texto trata también de justificar el sacrificio en el templo y la importancia de los sacerdotes al situarlos en el marco de la alianza entre Dios y su pueblo.

Esta es la razón por la que la Carta a los hebreos presenta la venida de Jesús al mundo, como destinada a corregir el sacrificio del templo y a ofrecer su propio cuerpo y sangre para rescatar al mundo. Del mismo modo, nos presenta el sacrificio de Jesús muy superior a todos los sacrificios ofrecidos antes de él. De esta manera, Jesucristo es el mediador de una nueva alianza. A través de su muerte en la cruz, el nos ha librado de la transgresión y nos ha abierto una herencia eterna en el cielo.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy que nos recuerda la Última Cena por la que Cristo ofreció su cuerpo y sangre para nuestra salvación. En primer lugar, el Evangelio describe el plan de Jesús en preparación de la Pascua. También nos muestra lo que los discípulos y el anfitrión de Jesús hicieron a fin de llevar a cabo la celebración de la Pascua.

Finalmente, el Evangelio describe como Jesús y sus discípulos celebraron la Pascua. Muestra que mientras ellos comían, Jesús tomó el pan y lo dio a sus discípulos declarando que era su cuerpo. Del mismo modo, les dio una copa de vino declarando que esto era la sangre de la alianza que derramaría por todos.

¿Qué aprendemos de estas lecturas? En primer lugar, la realidad de la Eucaristía. A fin de entender el sentido profundo de la Eucaristía, comenzamos con la interpretación del sacrificio en el Antiguo Testamento.

De hecho, en la última Cena Jesús usa casi las mismas palabras dichas en la alianza entre Dios e Israel, a fin de explicar su muerte en la cruz como el establecimiento de una nueva alianza entre Dios y la humanidad.

Como el Evangelio dice: Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo que era su cuerpo. Él tomó también una copa de vino y después de la bendición, él la dio a sus discípulos diciendo que esta era su sangre.

En este proceso, Jesús se identifica con el holocausto del sacrificio por medio del cual la antigua alianza fue establecida. Su cuerpo y su sangre ofrecida bajo los signos del pan y vino significan la inmolación total de su vida para la salvación del mundo. Por eso, cuando el pan y el vino son consagrados durante la misa, se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, en respuesta a la recomendación de Jesús: “hagan este en memoria mía”.

Una de las consecuencias que tenemos aquí es que, aunque el aspecto del pan y vino no cambia al ser consagrados, en ellos está la presencia viva del cuerpo y la sangre de Jesús. Este es un misterio que pasa por el poder del Espíritu Santo y que hace del pan y vino, el cuerpo y la sangre de Cristo.

De esta manera, lo que recibimos en el altar como pan y vino es un signo externo de la actividad interior y misteriosa de Jesús que funciona dentro de ellos a fin de dar la vida al mundo. Por eso, cada vez que celebramos la Eucaristía, Jesús sigue ofreciendo su cuerpo y sangre como lo hizo hace dos mil años.

El segundo punto que quiero destacar es acerca la importancia del proceso de identificación. De hecho, al instituir la Eucaristía, Jesús se identifica con el cordero del holocausto. Así como la sangre de los animales se usaba para perdonar los pecados del pueblo ante Dios, la sangre de Cristo fue ofrecida en la cruz para la salvación del mundo.

Así al comer y beber en la mesa de la Eucaristía no sólo recibimos a Cristo y nos unimos a Él, sino también aceptamos invitación para imitar el sacrificio de Cristo a través de nuestra propia vida. Por eso, el banquete del cuerpo y la sangre de Cristo nos recuerda que cada progreso en el mundo es fruto de un sacrificio aceptado.

Después de todo, sin el sacrificio, no podemos esperar que algún bien salga de nosotros. Por eso, tenemos que recordar que siempre que trabajamos duro para mejorar las condiciones de vida de nuestros semejantes, modificamos nuestra sangre como Cristo. Cuando trabajamos mucho a fin de mejorar el nivel de vida para nuestras familias y nuestra sociedad, imitamos a Cristo y a su amor por nosotros. Nunca deberíamos venir a recibir a Cristo en la Eucaristía olvidando lo que esto requiere de nosotros.

Recemos, entonces, por que al recibir la Eucaristía podamos unirnos con Cristo. ¡Modifiquemos nuestra vida bien de nuestros hermanos y hermanas siguiendo el ejemplo de Cristo! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 24, 3-8; hebreos 9, 11-15; Marcos 14, 12-16. 22-26



Fecha de la Homilía: el 10 de Junio, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120610homilia.pdf